

El Ecuador a los extremos

La 'necesidad' de renovar el país periódicamente se remonta a los albores de la independencia desde cuando, usualmente se admite en el subconsciente ecuatoriano ese absurdo como un hecho cíclico inexorable. En el decurso de la historia Santa Marianita de Jesús hizo la profecía, cada vez más cercana, de que el Ecuador desaparecería no por la fuerza de la naturaleza, sino por sus malos gobiernos. Hoy por hoy se presenta entonces en el país, más próximo el Apocalipsis político que la victoria final del bien, que dé comienzo a una era de legal estabilidad.

Y ante la muerte del Papa, cuyo liderazgo espiritual a escala mundial es indiscutible, cabe recordar que el fin no es más que el comienzo que distribuirá de otra manera las personas y las cosas. Y en el Antiguo Testamento se habla claramente del advenimiento de un Salvador, que es el Mesías, que durante la larga espera con exceso del mal por todas partes, revelará cuán próxima está la llegada del bien.

Los terrores de la historia ecuatoriana nos llevan ahora al imperio del cinismo matizado por la distorsión sistemática de los hechos y sus responsables, que se hace en ciertos canales que constituyen verdaderas universidades para formar infames al servicio de la corrupción. Las contradicciones que atentán contra la organización misma del Estado ecuatoriano como ente jurídico-político han llegado al extremo de la brutalidad, una de las últimas etapas, tal vez no la última, en el camino de la degradación constante. El ex presidente Carlos Julio Arosemena Monroy dijo, entre sus frases lapidarias, que, en el Ecuador, todo Congreso será peor que el anterior.

Las penurias de nuestra 'democracia' ante la consolidación del poder en una persona o un grupo que antepone sus intereses a los generales, en sentido contrario a la estructura organizacional vigente desde la Revolución Francesa, lleva a muchos a pensar que el Ecuador no es viable como nación que tenga un destino histórico, pues la figura del corrupto y del mafioso quedan hoy para algunos equivocados como la meta ideal de felicidad. Pero necesario es destacar que nadie en este 'paisito' puede ser ajeno a lo que en él ocurra, ni siquiera los sectores más humildes que generalmente son los más afectados porque los recursos del Estado van a las alforjas de banqueros ladrones y sus brazos económico-políticos.

Ante las aspiraciones de legalidad, derecho y justicia, se impone el imperio del cinismo, entendido por la Real Academia Española de la Lengua como la desvergüenza en el mentir, la defensa y práctica de acciones o tesis vituperables; en adición a la segunda acepción, que lo define como la imprudencia, la obscenidad descarada. Mientras el mundo avanza, el Ecuador se debate entre los extremos del poder constitucional o el poder único y total, sin más fundamento moral que la alternabilidad pendular de uno y otro.